

razón, denominarse. Su ambición iba más allá de producir libros que conmovieran por su belleza; él buscaba con ellos influir sobre la humanidad, cambiarla, guiarla. En este orden se adjudicaba una misión profética, semejante a la de los antiguos profetas hebreos. Él también quería ser un conductor de pueblos, pero no por su obra, sino por su mente. Si algún papel se había asignado en el drama que el hombre viene representando desde la creación, era el de guía espiritual de la humanidad. Los años de Guernesey son decisivos en esta concepción mesiánica para la que se siente vocado. La solitaria isla del Norte es crisol donde su espíritu cristaliza, donde el genio se encuentra a sí mismo. Es la soledad inmensamente poblada del poeta de que tanto se ha hablado. Para comunicarse con el mundo no tiene más vehículo que sus libros y los escribe sin pausa ni sosiego. Seis horas de trabajo diario, ininterrumpido, van acumulando una de las obras más luminosas que haya producido hombre alguno. Día tras día su alma se inclina sobre su mesa de trabajo. Aquí, en la brumosa y minúscula isla del Mar del Norte, escribe las obras más sublimes que hayan salido de su pluma: *Los castigos*, poemas que secretamente se aprenderán de memoria los buenos franceses y recitarán exaltados todos los hombres que en cualquier rincón de la tierra luchan por la libertad; *La leyenda de los siglos*, epopeya gigantesca de la humanidad que hará exclamar a Flaubert: «¡Dios mío, qué poeta! ¡Qué hombre, el padre Hugo!» y, para citar solamente algunas de sus obras más destacadas, esa cumbre de la novela que es *Los miserables*. Si Víctor Hugo no hubiera escrito más que este libro, habría bastado para inmortalizarlo. Es su documento humano más extraordinario. Todo él está aquí; todo lo que sintió, pensó, sufrió, amó: todo lo volcó en este libro único. Jean Valjean y Mario, y aun el implacable Javert, son Víctor Hugo y son a la vez la humanidad, el hombre plural que la sociedad moldea, pero un único ser en el fondo regido por la fuerza de la conciencia. La pluralidad convierte a unos en víctimas y a los otros en verdugos. Pero el principio del bien está en las raíces del hombre y por encima de todas las miserias, le salva. Este conjunto de grandeza, de justicia, de piedad magnífica, es el canto más grandioso que poeta alguno haya entonado al hombre. A los que le reprocharon a Víctor Hugo la falta de psicología en sus personajes, aquí está la respuesta de la historia: Jean Valjean, Cosette, Gavroche, Mario viven junto al no muy numeroso grupo de héroes de las novelas universales; junto al padre Goriot, Madame Bovary, Oliverio Twist, Raskolnikov, don Quijote. ¿Que la prosa de Víctor Hugo es grandilocuente, desorbitada, pomposa? De acuerdo: la sobriedad le queda estrecha al genio.

Infancia española

Víctor Hugo conoce España de niño. Tiene sólo nueve años cuando su madre, acompañada por sus tres hijos, marcha a Madrid a reunirse con su marido, el general Leopoldo Hugo, a quien el hermano del Emperador, José Bonaparte, rey de España por mor de la invasión napoleónica de la Península (si bien sobre este gobernante mucho habría que matizar), ha confiado la nada fácil tarea de limpiar de guerrilleros los campos de España, y especialmente la liquidación del más famoso de ellos, Juan Martín, «El Empecinado». Mas si en Italia el general bonapartista había triunfado sobre un enemigo parecido, Fra Diavolo, aquí en cambio fracasaría.

Tres meses dura el viaje y durante el trayecto la familia Hugo se detiene en Bayona, donde por primera vez en su vida Víctor experimenta, en sus palabras, «la aurora divina del amor»: una adolescente de catorce años a la que él mira arrobado mientras ella le lee historias, y en ocasiones besa. Pasa por Ernani, pueblo de la provincia de Guipúzcoa cuyo nombre retendrá en la memoria, y que hará célebre; ve la catedral de Burgos, y la prodigalidad tumultuosa de su exterior le hace pensar en una «fiesta de la piedra»; visita la tumba del Cid. Luego es Segovia, donde la magnificencia de la arquitectura gótica y mozárabe se enlaza al pasado romano, hasta que, bordeando El Escorial, arriban a Madrid. Han hecho el viaje bajo escolta militar y en un carruaje inmenso al que incluso los coches de las grandes duquesas debían cederle el paso.

En la capital de España viven un año, exactamente de marzo de 1811 a marzo de 1812. Se instalan en el palacio Masserano, una soberbia y lujosa mansión que le hace pensar a la generala Hugo, ahora condesa de Sigüenza, que «España puede ser habitable». Hay allí, en el palacio, una galería de retratos que Víctor suele contemplar largamente. Aquellos personajes que evocan siglos muertos impactan la imaginación del futuro autor de *Ruy Blas*. Los tres hermanos son internados en el Colegio de Nobles, regido por jesuitas y ubicado en la calle Hortaleza, que Víctor, en son de burla, pronuncia «Ortoleza». Pero la pobre enseñanza que allí reciben –latín, dibujo, solfeo– tiene poco atractivo para ellos. Lo tiene en cambio para el joven Víctor la sonoridad del idioma español, del que gusta y llega a dominar, así como los paseos que los monjes organizan a los alrededores de Madrid. Víctor pudo ver por ello lugares que ningún francés osaba visitar.

El invierno de 1811-1812 fue terrible y en Madrid la gente se moría de frío en las calles y de hambre en las casas, pues a causa de la guerra apenas si había alimentos en la ciudad. Y si ya en su recorrido por España, Víctor había visto multitudes de harapientos en los caminos o rodeando la cale-

sa, ahora aquel espectáculo de miserables implorando un mendrugo o un abrigo debía incrementar su visión de una suerte de «corte de los milagros», a la que, de otra parte, literariamente tendría acceso más tarde a través de la picaresca, y que él describiría en *Notre Dame de París*.

La huella de España

A pesar de que es con alegría que los Hugo regresan a París, la huella que España deja en el pequeño Víctor sería imborrable. Doce años más tarde, en 1823, rememorando su infancia española, escribe en *Odas y baladas*:

De lejos por una tumba tomé El Escorial
Y el triple acueducto vio inclinarse mi cabeza
Ante su frente imperial.
España me mostró sus conventos, sus bastillas;
Burgos su catedral de agujas góticas;
Irún, sus techos de madera;
Vitoria, sus torres;
Y tú, Valladolid, los palacios de familias
Orgullosas del arrastrarse de cadenas por sus corredores.

Tres aspectos de su creación literaria han sido señalados como de procedencia netamente española: su concepción antitética, hecha de contrastes, el énfasis expresivo y la pasión en los sentimientos. De lo primero ha dicho Auguste Bailly: «Su imaginación fue penetrada por estos contrastes y estas antítesis (luz, sombra; esplendor, miseria; campesinos, nobles; palacios, chozas). No es de extrañar, pues, que él haya adquirido desde entonces la costumbre de ver todas las cosas en un doble aspecto, en fases contrastantes». Para Paul de Saint-Victor: «El acento grave y sonoro de la lengua del Cid pasó a su estilo». Y este crítico-ensayista piensa que «no sólo el escenario de su poesía, por así decirlo, es español, sino que el sentimiento heroico de todos sus dramas es castellano».

Dos de sus piezas de teatro se desarrollan totalmente en España: *Ruy Blas*, que según el propio Hugo «es el pueblo que tiene el futuro y que no tiene el presente». La otra es nada menos que la obra que significó la victoria del romanticismo: *Hernani*. Quizás aquellos cuadros que vio en su niñez en el palacio Masserano le inspiraron el ambiente donde un joven proscrito, Hernani, un viejo implacable, el marido de la princesa de Éboli, Ruy Gómez da Silva, y el propio Carlos V, cuando no era aún emperador,

lidian por el amor de Doña Sol. Igualmente en una novela de juventud, *Bug-Jargal*, un héroe típicamente romántico, prendado de un amor imposible, entona canciones españolas a la mujer que ama, a pesar de que él es haitiano, negro y esclavo; pero fue príncipe en su tierra africana.

Víctor Hugo confesará un día, hablando de sus creaciones, que él está en ellas en forma de cuatro *yo*: Olympio, la poesía; Hernani, el amante; Maglia, la risa; Hierro, el combate. No es en modo alguno casual que de esos cuatro *yo* de Víctor Hugo dos porten nombres españoles.



August Sander: *Joven madre burguesa* (1926)



August Sander: *Mujer de clase trabajadora con su hijo* (1928)